

Lo más revelador son siempre los orígenes:

*Memorias de guerra de  
una pequeña francesa,*  
de Marie-Claire Figueroa,

Rose Corral

RECIBÍ, HACE AÑOS, EN NOVIEMBRE DE 2004, Y DESDE OAXACA en donde residía, el primer libro de Marie-Claire Figueroa, *El placer del texto. Ensayos sobre literatura*, un libro publicado por el Instituto Oaxaqueño de las Culturas. Junto con la dedicatoria venía una nota en francés que traduzco: “He tardado seis años en escribir estos ensayos y cuatro para hacerlos publicar. El siguiente que empecé en 2001 saldrá por lo tanto en 2011. Hay esperanza”. Seguía en español: “mientras, sigo batallando con Macedonio”. En efecto, Marie-Claire “batallaba” con la novela póstuma de Macedonio, que escribió a lo largo de unos treinta años, *Museo de la novela de la Eterna*, y que su hijo finalmente da a conocer en 1967. Este ensayo, que la traía de cabeza por la dificultad que presenta la novela, se integrará a su segundo libro, *Ecos, reflejos y rompecabezas. La mise en abyme en literatura*, un libro que incluye estudios también de Calvino, Josefina Vicens, Georges Pérec. En cuanto a los tiempos de elaboración y publicación, por suerte, se equivocó. El libro *Ecos, reflejos y rompecabeza* tardó menos de lo que pensaba: apareció en Oaxaca, en la editorial Almadía, en 2007, ¡mucho antes que su pronóstico de 2011!

Esta vez, Marie-Claire acompañó el envío que me hizo de su libro de una carta, fechada en San Pablo ETLA, en la que me daba noticias de su salud, de su familia, de sus viajes, con el deseo de que se lo comentara cuando nos viéramos. Para Marie-Claire era importante ser leída y poder intercambiar puntos de vista sobre lo escrito, ese anhelo de diálogo e intercambio se acentuaba, tal vez, porque empezó de manera solitaria sus trabajos literarios. Mientras escribe sus libros de crítica, publica también cuentos, ensayos sueltos y traducciones que aparecen en revistas y periódicos. Para incitarme a buscar y leer lo que hacía, conociendo además

la dificultad en México de conseguir lo que se publica en provincia, me decía en la misma carta que “*Ciclo Literario* [revista que inició su vida en Xalapa y la prosigue en Oaxaca] se distribuye en las principales ciudades de toda la República. En el DF está en la Casa Lamm”.

Además de estas múltiples actividades, encontraba el tiempo para reunirse cada quince días con escritores y artistas residentes en Oaxaca, reuniones en las que compartían sus proyectos, algo que pude atestiguar en una de mis visitas a la ciudad. De allí surgieron algunas colaboraciones, por ejemplo, Susana Wald, pintora chilena afincada en Oaxaca con su esposo, el poeta surrealista Ludwig Zeller, diseñó la portada de su primer libro, *El placer del texto*.

Como se ve, Marie-Claire era incansable y su entusiasmo era enorme cuando se proponía algo: literalmente, puede decirse que no descansaba hasta lograrlo. Y no olvidó tampoco el tiempo que se daba para leer mucha ficción (autores latinoamericanos y de otras latitudes). Estaba suscrita a la revista mensual francesa, *Le Magazine Littéraire*, lo que le permitía estar al día en cuanto a noticias y novedades. No dudo de que apreciaba en el *Magazine* los *dossiers* —lo que comparto con ella— que hace y sigue haciendo la revista en torno a escritores centrales como Kafka, Proust, Camus, Céline, Virginia Woolf, Borges y tantos otros. Recuerdo los que dedica la revista en los años 2000 a la literatura de los campos de exterminio nazis, al género autobiográfico, lo que llaman ahora en francés, “*les écritures du moi*”, un número que, sospecho, leyó muy bien Marie-Claire ya que pensaba y trabajaba en el que sería su último libro, *Memorias de guerra de una pequeña francesa*.

Si bien es cierto que Marie-Claire se formó como autodidacta en la crítica literaria con verdadero fervor, asistiendo a las clases de literatura española, mexicana, hispanoamericana que impartimos con varios colegas en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, en donde ella también trabajaba (en el Centro de Estudios Internacionales), hay que agregar que leyó también a grandes críticos para completar su formación; recuerdo en particular sus lecturas de George Steiner, porque hay que decirlo claramente,

Marie-Claire no era ninguna improvisada: trabajaba en serio, con mucha disciplina, y se documentaba a fondo cuando había decidido llevar a cabo un proyecto crítico. Varios de sus ensayos críticos pertenecen a la literatura comparada en la que ella se zambulle con soltura por su manejo de varias lenguas: pienso en el cotejo que hace entre los diarios de André Gide y Virginia Woolf o en lo que llama, en otro texto, la “identidad de inspiración nietzscheana” en *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa y *Las tribulaciones del estudiante Törless*, de Robert Musil.

Sospecho que le tomó bastante tiempo escribir estas *Memorias de guerra de una pequeña francesa*, un proyecto de largo aliento, sostenido, pero que resultó ser el empeño al que más se entregó: se propuso trazar su historia personal y familiar, concretamente en su infancia, enlazándola con los hechos históricos de esos años aciagos que le tocó vivir siendo todavía niña, entre 1939 (año en que se declara la Segunda Guerra Mundial) y 1945 (fecha de su conclusión y derrota del Tercer Reich). Me contó, a finales de los años noventa, cuando nos encontramos varias veces en Puerto Escondido para las Navidades, que había tomado un taller de escritura con Berta Hiriart en el que había presentado precisamente un esbozo de lo que con el tiempo se convertiría en este libro.

En el prólogo a su libro, la propia Marie-Claire reconoce que la escritora mexicana fue “la primera en animarme a persistir en la tarea emprendida”. Cuidó, hay que decirlo, los menores detalles, consultó a varios miembros de su familia para precisar algunos puntos de su relato (cuando la memoria fallaba), se documentó sobre este momento histórico cuando fue necesario, incorporó muchas fotos de la familia y de los distintos lugares en que vivió su infancia y luego durante el tiempo de guerra. Agregó también, para la versión en español (pues hay una primera edición, en francés, de 2013) dos mapas de Francia, muy útiles para seguir, primero las andanzas de la pequeña Marie-Claire con sus padres y hermanos (desde su Alsacia natal hasta Normandía, de Este a Oeste, en donde se instalan sus padres por el trabajo de Jean Fischer, su padre, ingeniero químico, en una refinería de petróleo a orillas del río Sena, cerca de Rouen); y luego, en otro mapa,

para seguir el itinerario mucho más agitado de la familia Fischer, fruto de las circunstancias durante la ocupación alemana de Francia en que el país se encuentra dividido entre la zona ocupada y la zona “libre”, presidida por el gobierno entreguista del Mariscal Pétain en Vichy, que había firmado en 1940 un armisticio con los alemanes.

Ese último itinerario, que ocupa más de la mitad del libro de *Memorias*, desde 1939 hasta 1945, se inicia con los recuerdos de la amplia y hermosa casa de la familia materna en Caudebec, en Normandía, bombardeada muy pronto y destruida esta última, al igual que buena parte de la ciudad, por los ingleses, los Aliados, que querían evitar el avance de los alemanes derribando los puentes sobre el río Sena. Después, vendría una casa amiga más al sur, protegida, por el río Loire, el regreso a los alrededores de París, a Montford-L'Amaury, a París mismo, durante la ocupación, Alsacia de nuevo en el verano de 1944, y, finalmente, Suiza, Lucerna, en donde varios niños franceses, acompañados por la Cruz Roja, serán acogidos por familias durante los últimos meses de la guerra.

Marie-Claire sostiene que los espacios recorridos en su relato o el itinerario de la narradora, lo que llama “la articulación topográfica”, es el “verdadero hilo conductor” de su libro, lo que le permite reconstruir el andamiaje de sus “memorias de guerra”. Y así es: sigue en su rememoración esos cambios de lugares, paisajes, habitantes y costumbres, los describe con mucho detalle, un recorrido que nos recuerda esos “*lieux de mémoire*” de los que habla el historiador francés Pierre Nora. Junto con la historia personal de una familia, la genealogía de los Fischer-Mansel, Marie-Claire rescata también una memoria colectiva de los lugares en los que vivió.

El orden de las memorias es un orden cronológico, pero flexible, con avances y retrocesos, porque a la vez que rescata la mirada fresca, inocente, de la niña, la enriquece con su experiencia adulta posterior, que ve en retrospectiva todo ese pasado. Esa segunda mirada que se superpone a la primera, medita y reflexiona sobre ciertos hechos o anécdotas narrados, matiza lo vivido, y, con destreza, entrelaza sus recuerdos de infancia con sus lecturas de adulta, lecturas muy posteriores que hará la narradora y que enriquecen

sin duda su narración: por ejemplo, al referirse a Cabourg, una elegante estación balnearia normanda de principios del siglo xx, surge el recuerdo de Proust y del Grand Hôtel en el que pasó el escritor sus veranos entre 1907 y 1914; la ciudad de Rouen, cercana a Caudebec y el río Sena en esa zona, antes de que desemboque en el Canal de la Mancha en el puerto del Havre, le trae el recuerdo de Flaubert; Villequier, por el mismo rumbo, el lugar en donde Leopoldine, hija de Víctor Hugo, naufraga junto a su marido en el Sena, y Trouville, otra estación balnearia en donde veranea la pequeña, el recuerdo de Marguerite Duras. En otros momentos, son lecturas muy posteriores que asocia a ciertos recuerdos, el Cortázar del célebre cuento “Axolotl”, el Rulfo de “Nos han dado la tierra” o la novela del colombiano Fernando Vallejo, *La puta de Babilonia*.

Del estilo de Marie-Claire en esas memorias, destaco sobre todo el tono que encontró para narrar, una suerte de voz cercana, amigable y amena que disfruta la propia narración y que comunica ese disfrute a sus lectores, a pesar de que no siempre son gratos los recuerdos, en particular los que se refieren a la ocupación alemana, a los miedos y zozobras que viven juntos adultos y niños, aunque los niños intentan mantenerlos a raya mejor que los adultos: inventando un mundo paralelo de juegos y diversiones que se asemeja, sin serlo, a la “normalidad”. Su prosa fluida cautiva al lector que acaba sintiéndose parte de esa historia y de esa mirada que recupera una parte sustancial de su vida, los orígenes, los territorios de la infancia, lugares privilegiados por los memorialistas y los escritores, y de lo que fueron en aquellos años la educación de los niños, los valores familiares, los usos y costumbres, muy marcados todavía, de los franceses en las distintas regiones recorridas por la memorialista. También despliega un auténtico interés por el lenguaje o los giros de lenguaje, ciertas expresiones coloquiales, algunas ya olvidadas, que procura traducir al español para que se entienda su sabor único, y con ello el humor que se desprende de varias de las mismas.

Son muchas las lecturas que pueden hacerse de este libro entrañable de Marie-Claire Figueroa, pero sólo he querido despertar el mismo interés que a mí me suscitó, que crecí en



*Memorias de guerra de una pequeña francesa*  
Marie-Claire Figueroa  
México, UAM, 2016, 228 pp.

Francia en los años cincuenta y viví otra historia, que estuvo, sin embargo, marcada por los mismos acontecimientos o, mejor, por sus secuelas: los niños de mi generación crecimos con un mito a cuestas que la historia más o menos reciente se encargó de corregir: la “Résistance” francesa, clandestina, claro que existió, pero también existieron los *colabos*, los traidores que delataban a los judíos extranjeros y franceses, y a los *maquisards* (los guerrilleros que luchaban contra la invasión alemana). La niña ve señales de estos *colabos*, observa desapariciones en su entorno, como la de la familia judía, vecina en el barrio quinceavo de París, en 1942, y entonces pregunta, pero sus preguntas quedan en ese momento sin respuestas.

Para terminar, me viene a la memoria el recuerdo de otra memorialista, española, refugiada un tiempo en México, también golpeada por otra tragedia histórica, la Guerra Civil Española, María Zambrano, que escribiría tardíamente sus memorias, y que entendió, como Marie-Claire, esa honda necesidad de contarse, de reconstruir el pasado después de una ruptura o de un parteaguas vital, emocional como fueron ambas guerras. Reconstrucción para no olvidar lo sucedido, para decirnos lo que la gran Historia no nos dice, enfrascada a menudo en hechos y fechas, pero sobre todo para reconstruirse como ser humano y dejar constancia de esa memoria. Como dice Zambrano en *Pensamiento y poesía en la vida española*, y estaría sin duda de acuerdo Marie-Claire: “Para la vida, lo más revelador son siempre sus orígenes; el presente es siempre fragmento, trozo, torso incompleto. El pasado completa esta imagen mutilada, la dibuja más entera, más inteligible”.